

SOPREQUE

SUPLEMENTO INFANTIL DE

Jornada
DIARIO DE LA TARDE

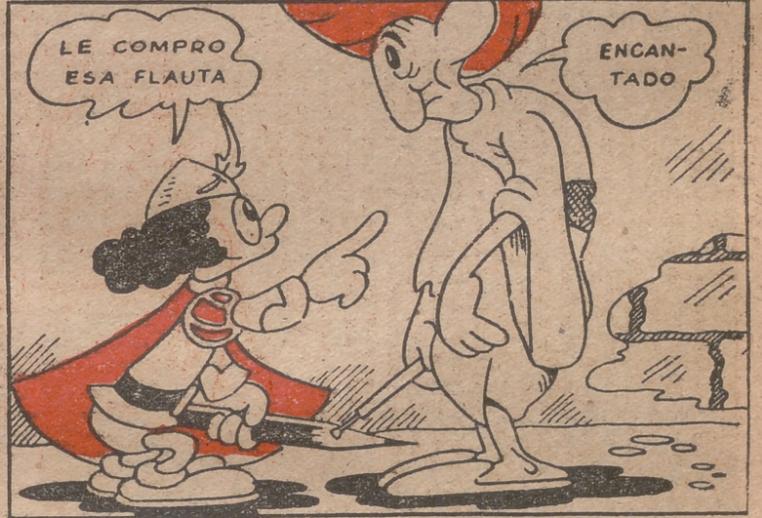
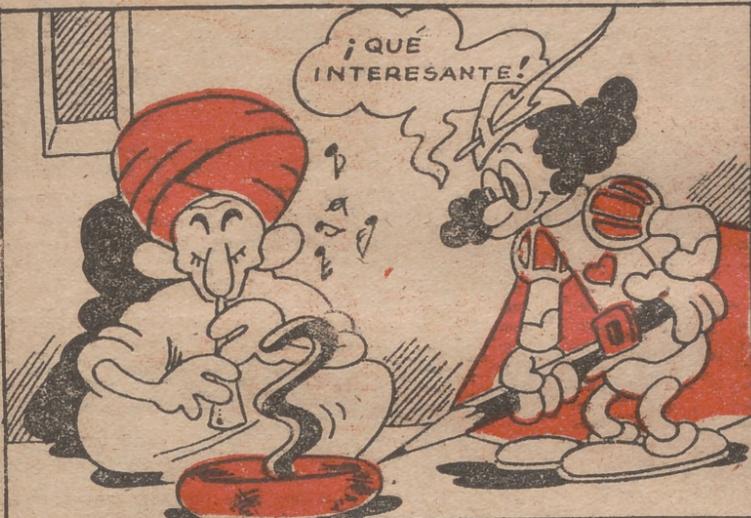
Año VI-Núm. 178

VALENCIA

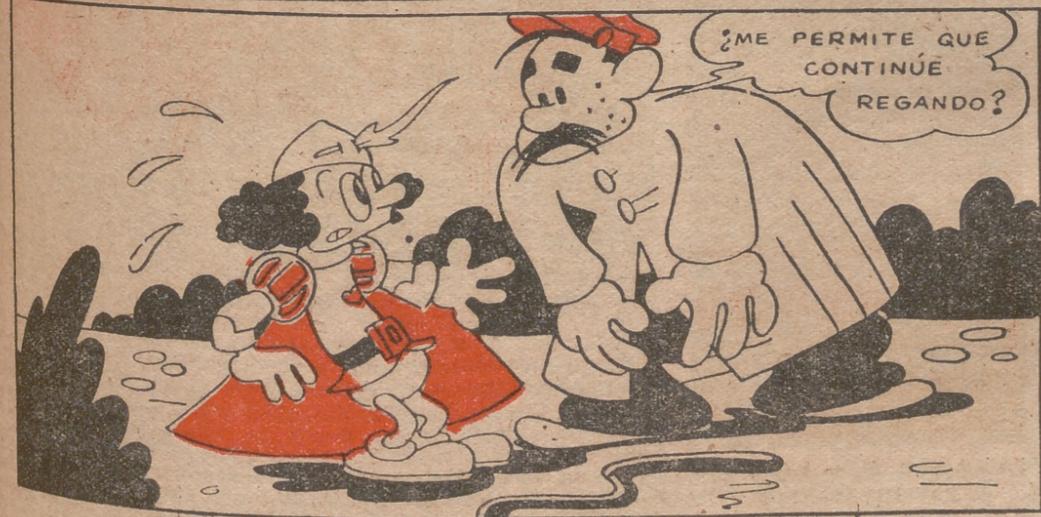
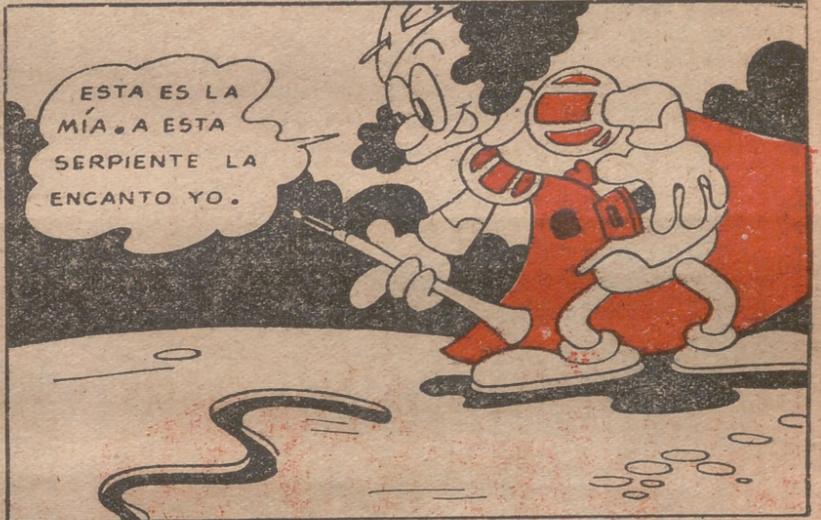
Jueves, 21 de febrero
de 1946

LAPICERÍN ES ENCANTADOR

EN UN VIAJE
A LA INDIA,
LAPICERÍN
VIÓ ACTUAR
A LOS
ENCANTADORES
DE
SERPIENTES.



Y UNA
TARDE,
EN LOS
VIVEROS...



FALLAS INFANTILES 1946



FALLA núm. 14. — BARRIO LEON XIII

José María Vivó, Amadeo Mezquida, José Mezquida, Jaime Feced, Borin Ros, Isidro Nacher, Pepito Ortola, Pepin Ferrer, Vicentín Marco, Ricardo Barberá, Paquito Llopis, Amparín Soria, María Cristina Ferrer, Pepita Sabater, Finin Ferrillo, María Luisa Alapont, Amparín Pascual, Trini Marin, Conchín Mezquida, Marujín Renart.



FALLA núm. 81.—SAN VICENTE

PADRE JOFRE

Paquita Moncho

Fallera mayor



FALLA NUMERO 1.—MASQUEFA-ADYACENTES (Benimaclet)

Presidente, Salvador Quilis; vice, José Suay Serra; secretario, Francisco Muñoz; vice, José Honorés; P. festeja, Rafael Benlliure. Vocales: José González, Angel Muñoz, Daniel Suay, Daniel Cuenca, José Casares.



FALLA núm. 21. — CALLE PLATANOS (Benicalap)

Adolfo Leiva, Vicente Guarch, Ataulfo González, Antonio Lerma, Francisco Cosin, Julio Lablanca, José Cháfer, Olegaria Rívelles, Encarnin Arnal, María Carmen Gurrea, Teresa Boñora, Marisa Carbonell, Cleopatra González.



Mari Carmen y Paquito Leiva
Bella fallera de la comisión infantil del Barrio de Artes Gráficas



FALLA núm. 35. — HORNO ALCEDO (Castellar)

Jaime Giner, Vicente Mocholi, Francisco Arce, Andrés Cosme, Clemente Giner, Maruja Giner, Pepita Tamarit, Tónica Castelló, Carmen Monrabal, Sigfrido Cosma.



FALLA núm. 90. — GENERAL MOSCARDO (Burjasot)

Vicente Tortajada, José Herrero, Vicente Sancho, Jualin Mendoza, Luis Songé, José del Valle, José Sancho, Juan Barata, Luis Ferrando, Ramón Ramos, Federico Ros, Sergio Vázquez, Dionisio Martínez, José Martínez, Rafael Ibáñez, Justo Arcón, Francisco Barella, Antonio Sancho, Matilde Martínez, Paquito Fontestad, Manolita Gasó, Maruja Fontelles, Lolita Desco, Pepita Pedregales, Olguita Martorell.



FALLA núm. 47. — BARRIO BETERO (Cabañal)
Mari Carmen Córdoba.—4 años
Fallera mayor



FALLA NUMERO 47. — BARRIO BETERO (Cabañal)

Juan Carrión, Vicente Valiente, Francisco Aparicio, Manuel Belenguer, Ramón Crespo, Vicente Aparicio, Modesto Valiente, Vicente Milla, Félix Sánchez, Manuel Espi, Amparín Moreno, Francisca Belenguer, Amparín Aparicio, Inés Martínez, María Belenguer, Conchín Llopis y Juanita Ramos.



FALLA núm. 52.—AVENIDA DEL PUERTO.DAMA DE ELCHE

Enrique Salvador, Francisco Pinaira, Enrique Salvador, Luis Martín, Eduardito Gómez, Manolín Calvo, Ramón Vinaixa, Victorio Jaume, Juanito López, José A. Calvo, Rosarín Blasco, Terésin Vinaixa, Conchita Pallardo, Marujín Calvo, Pepita Fayos, Marinita Calvo, Pilarín Rodríguez, Elenin Gasco, Amparín Salvador.



FALLA núm. 54. — SALVADOR

PAU-ADYACENTES

Angelita Anón

Fallera mayor



FALLA NUMERO 18.—LLANO DE LA ZAIDIA

Presidente, Jesús Tormo; secretario, Julián González; tesorero, Angel Terradez; Juan Lisart. Vocales: Vicente Girba, Vicente Lizondo, Francisco Ribes, Rafael Muñoz, Llo Lloréns, Juan Darás, Miguel Pi, Francisco Conejero, Enrique Conejero, Manuel Tomás. Comisión femenina: Presidente, María Luisa Vicent; vice, Remedios Darás. Vocales: Amparito González, Anita González, Vicenta Arándiga, Rosina Gallén, Carmen Lisart, Amparo Lisart, Encarnación Ribes, Amparito Tormo, Amparo Muñoz, Emita Ortiz, Paquita González, Carmen Tomás, Lolita Perona, María Isabel Pi.

DESENCANTO



Luisito Bauzá
Grao (Valencia)



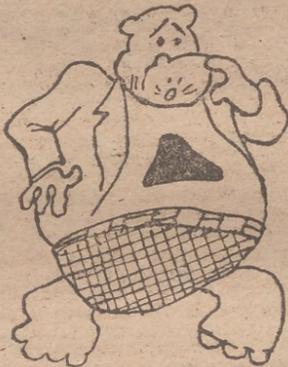
Armando García
10 años.—Valencia



Caímer Quiles
8 años.—Valencia



Manolo Mascarell
11 años.—Valencia



Manolín Ozeo
12 años.—Valencia



Vicentín Juan López
10 años.—Valencia



Pepito Pérez Andrés
Grao Valencia (12 años)



Conchín Escribá Santabárbara
12 años.—Valencia (Grao)



GATILLO
Marinín San. his.—10 años La
Cañada.—Amiguita núm. 354



FALLA núm. 50.—LLANO VIA
GERMANIA
Mari Pili Asensio
Fallera mayor



FALLA núm. 18.—LLANO DE LA
VAREDA
María Sagrera Sireca
8 años.—Fallera mayor



FALLA núm. 81.—SAN VICENTE
PADRE JOFRE
Mari Moncho
Fallera de honor



FALLA NUMERO 89.—BORRULL
Adolfo Andrés, José Fernández, Antonio Colás, Miguel So-
ler, José Pérez, Víctor Dasí, Vicente Bou, Eugenio Roig, Ma-
nuel Ruiz, Paquito Roger, Fernando Fajarin.



FALLA núm. 84. — BARRIADA DE LA MALVARROSA
Vicente Molina, Julio Paul, Francisco Carbonell, Carlos Mo-
lina, Juan Molina, José Soldevilla, Arturo Molina, José Ro-
mero, Ricardo Benlloch, Conchita Cañas, Ester Gutiérrez, Am-
parin Belenguer, Pepita Romero, Manolita Gil.



FALLA núm. 84. — BARRIADA
DE LA MALVARROSA
Finita Puchol.—9 años
Fallera mayor



FALLA núm. 51. — MORET, ADYACENTES
Antonio Fontelles, Rafael Pérez, Paco Crespo, Juano Mar-
cial, Vicente Chapa, Eladio Gil, Tittin Sanz, Paquito Pérez,
Andrés Marin, Maruja Castellón, Conchín Torres, Esperanza
Giménez, Juanita Marchante, Amparin Pastor Josefina Cor-
tés, Amparin Martín, María del Carmen Martí.



FALLA NUMERO 20.—MARQUES DE BALLET
José Martínez, Alfredo Ferrer, José Andreu, José Roca,
Jerónimo González, Gerardo Ferrer, José Castro, José Gómez,
Manuel Martínez, Vicente Comés, Presentita Roca, Encarnita
Roca, Margarita Vilar, Finita Pérez, Carmen Renovell, Vicen-
tita Real.



FALLA núm. 30. — BARRIO INFANTA ISABEL
Emilio Silvestre, Encarnita Mateos, Pepita Llop, Lolín Bar-
celó, Finita Vallesteros, Titina Cremades, Purita Panach, Isa-
belin Mas, Amparin Pérez, Trinin Iñiguez, Amparin Cremades,
Amelia Llamas, Enriqueta Silvestre, Mari Serrano, Amparin
Silvestre.

CHOPLAC, EL BUFÓN

Todos los médicos del reino de Bobaliconia fueron llamados al palacio real.

—¿Quién se encuentra enfermo? ¿Qué ocurre? —preguntaban ansiosos.

—Nada realmente importante —respondía burlonamente Choplac, haciendo tintinear las campanillas de su rojo birrete, que no se quitaba nunca.

—El rey Zumbón se halla un tanto incómodo.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? —preguntaron al unísono los médicos.

—Demasiadas preguntas inútiles, mis ilustres amigos! —dijo Choplac.

—Ahora verás, y oírás. ¡Señalame!

Y acto seguido, el bufón de la corte abrió una puerta y los introdujo en un espacioso salón. Allí, en un ángulo de la habitación, el rey Zumbón se hallaba acostado sobre un sofá, con la mano en la cabeza y lamentándose.

—Majestad —dijo Choplac corcualmente—. Aquí los traigo a todos. Son cuarenta y nueve y cada uno me parece más torpe que el otro...

Un murmullo de indignación se oyó en el grupo que formaban los médicos.

—¡Chist! ¡Silencio! ¡Choplac tiene razón! —exclamó el rey.

—Si es así... —se aventuró a decir Luciérnaga, uno de los médicos—. ¿Qué he venido a hacer aquí? Si no valgo nada... —y dió un paso para retirarse.

—¡Detente! —gritó Choplac—. Quizás tu seas menos bbo que los otros. Pero debes saber que el

reino de Bobaliconia fue el primero con muy buenas maneras asegurado:

—El mal de Su Majestad es una cosa leve; con un ligero masaje en el cuero cabelludo estoy seguro de curarlo...

—¡Que aprisionen a ese farsante! —gritó el rey.

—Haremos truchas de vuestra linda cara, doctor —dijo riendo Choplac.

Y el doctor Esponja aconsejó:

—Exprimiré como una naranja la cabeza de Su Majestad, y todos los jugos impuros saldrán de ella...

—Encarceladlo! —gritó el rey Zumbón.

—Exprimiremos la tuya, mi querido Esponja —dijo socarronamente Choplac.

Y así, uno a uno, los cuarenta y nueve médicos desfilaron delante del rey, tocándolo, pulsándolo, examinándolo. Cada uno dió su consejo. Fueron propuestas un-

—Trepanad el cráneo del doctor Zucarelo y sacad afuera todo cuanto hay allí adentro.

Y no fueron palabras, sino hechos.

El desgraciado médico chillaba como un condenado, mientras el bufón y el rey se morían de risa.

Luego pasaron al doctor Trucha y le dieron un masaje, pero con un trozo de madera. Luego al doctor Esponja, que lo exprimieron como a su apellido. Y así, sin misericordia, uno por uno, le aplicaron la misma receta.

—¿Cómo te sientes, querido Zumbón?

—Mejor, mucho mejor. Continuemos la cura.

Y continuaron dando duchas heladas a los pobres médicos y pomadas y masajes y píldoras amargas.

A la mañana siguiente, el rey Zumbón, en lugar de estar mejor, se agravó.

—¡Bufoneo de mi alma, aconsejame tú un remedio! —suplicaba el rey.

—Yo te aconsejaría que te cambiaras la cabeza, pero ¿cómo se hace?... Por lo pronto debes cambiar de aire.

Así lo hizo el rey, pero dado que ni la montaña ni el mar, ni la colina proporcionaban ninguna mejora al monarca, decidieron volver al palacio.

Y un día... ¡oh! Un día fatal para Choplac, el rey Zumbón se paseaba por la sala del trono, tratando de encontrar alivio a su mal, escuchando las gracias del ingenioso Choplac, cuando de pronto, una de las bufonadas hizo

—¡Acaba de reír! —gritó airado el rey.

—Si no me río, seguiré pensando en vuestra cabeza, y el dolor será más fuerte aún.

—Tienes razón, mi querido Choplac.

—Ríe y hazme reír. En cuanto a los remedios...

—Los experimentaremos en los mismos médicos —concluyó el bufón—. Nos reiremos en grandé, y curaréis rápidamente.

—¡Muy bien pensado! —exclamó el rey—. Empezaremos en seguida. De sólo pensarlo me siento mejor.

Y el rey y el bufón bajaron a uno de los subterráneos del palacio. Llamaron al verdugo y a sus ayudantes y pusieron manos a la

obra. El doctor Luciérnaga fué el primero.

—Tomad el aceite más fétido, de la más vieja lámpara y refréngale la cara durante tres horas —ordenó Choplac.

Imaginaos después de un solo cuarto de hora de semejante masaje a qué estado quedó reducido el pobre Luciérnaga; Zumbón y Choplac no podían contener la risa.

zo estremecer de risa al ver que, el que junto con Choplac empezó a reír y reír hasta curvarse para sostenerse la barriga; en el mismo momento las cabezas de ambos hombres se encontraron, dándose un feroz cabezazo que les hizo caer, con las piernas al aire.

Por un instante se quedaron perplejos. Choplac, al pronto rompió a carcajadas, pero el monarca, sosteniéndose la cabeza con

ambas manos, quedóse por un largo instante pensativo.

—¿Qué te sucede, Zumbón mío? —preguntó asombrado el bufón.

—¡Choplac! —dijo de pronto el rey—. ¡Tú eres muy grande! ¡Me siento curado! ¡Perfectamente curado! ¡Portentoso! ¡Prometo; llamo a la corte, los ministros, los

caguataros!

Cuando todos estuvieron reunidos, el rey Zumbón anunció que por méritos particulares, y por haberlo sabido curar de un mal obsesivamente, nombraba a Choplac barón del Cabezazo. Al oír esto el bufón, fuera de sí, comenzó a hacer cabriolas en medio del salón.

El primer ministro se aproximó al rey y le dijo:

—¿Cómo es que Choplac, que sabía el modo de curar a vuestra Majestad, os ha dejado en cambio sufrir por semanas enteras?

El rey Zumbón quedóse perplejo ante esta observación. El pri-

—¡Lo he dicho y basta! ¡No me contradigas! Mereces un castigo y lo tendrás, pero de cierta manera: al mismo tiempo harás que tengan dolor de cabeza todos los derechos de curarse vintecinco golpes su cabeza contra la tuya.

Ya podéis imaginaros que los médicos, que tan cruelmente habían sido tratados por Choplac, recudieron los cuarenta y nueve años que sufrían de un terrible dolor de cabeza y deseaban dar un cabezazo con el bufón, para librarse del mal, pensando para sus adentros que un cabezazo a un chichón más o menos no significaba nada; pero en cambio para el bufón, que tenía que soportar cuarenta y nueve, terminaría su vida, con la cabeza rota.

Después de veinte cabezazos Choplac cayó al suelo; todo giraba a su alrededor. Grandes chichones aparecían en su cabeza que se había hinchado en tal forma que parecía un enorme globo. Comprendió que de seguir así pronto le faltaría para que le llegara su hora.

Mientras tanto, el rey no podía aguantar la risa al ver el breccillo con la cabeza llena de chichones.

Ya el médico número veintinueve se preparaba a golpear su cabeza con la del bufón, cuando le vino a la mente una idea luminosa: trató de incorporar y gritó al rey:

—Majestad! ¡No habéis comprendido aún?

—¿Qué cosa? —interrogó Zumbón.

—¡Que ellos han jurado matarme con mis huesos, y cuando yo muero, moriréis vos también!

—¿Por qué? —dijo el rey.

—Si llegas a sufrir vuestro dolor de cabeza, ¿qué podrá curaros si yo me muero?

—Tienes razón —admitió el rey quedándose pensativo.

—Vosotros no me habéis matado pero si Choplac... ¿Y queréis matarlo a fuerza de cabezazos? ¡Guardias, arrojadlos de palacio inmediatamente! —gritó el rey fuera de sí.

Y de esta manera Choplac pudo salvar su cabeza de manos del verdugo.



rey Zumbón tiene un fuertísimo dolor de cabeza...

Los médicos se miraron estupefactos.

—¿No comprendéis? —gritó el rey Zumbón—. ¡Me duele la cabeza! ¡Toda la cabeza! ¡La frente, la nuca, la cara! ¡No puedo más! ¡O me curáis, o pasaréis un mal rato! ¡Os mandaré azotar!

—Nada más fácil... —empezó diciendo Luciérnaga.

—¿El qué...? ¿El azotar? —interrumpió Choplac burlonamente.

—No, el curar el dolor de cabeza de Su Majestad. Lo untaré con un aceite especialísimo, que yo preparo...

—¡No quiero, no quiero! —gritó el rey Zumbón—. ¡Tomad nota de los consejos de todos estos matasanos y que se vayan pronto! ¡Que pase otro!

El doctor Zucarelo propuso:

—Soy de opinión que se debe trepanar el cráneo de Su Majestad.

—¡Arrestalo! —masculló Zumbón.

—Ahora trepanaremos el tuyo, mi querido Zucarelo —dijo burlonamente Choplac.

Y el doctor Trucha dió un paso

güentos, cataplasmas, pomadas, baños fríos, tibios y calientes, sinapismos, sangijuelas, ayunos, masajes duchas heladas, en fin el mar, la montaña, el universo...

—¡Ja, ja, ja! —reía estrepitosamente Choplac—. ¡Con todos estos medicamentos os expedirán más pronto para el otro mundo!

—¡Ja, ja, ja!

—Acaba de reír! —gritó airado el rey.

—Si no me río, seguiré pensando en vuestra cabeza, y el dolor será más fuerte aún.

—Tienes razón, mi querido Choplac.

—Ríe y hazme reír. En cuanto a los remedios...

—Los experimentaremos en los mismos médicos —concluyó el bufón—. Nos reiremos en grandé, y curaréis rápidamente.

—¡Muy bien pensado! —exclamó el rey—. Empezaremos en seguida. De sólo pensarlo me siento mejor.

Y el rey y el bufón bajaron a uno de los subterráneos del palacio. Llamaron al verdugo y a sus ayudantes y pusieron manos a la

obra. El doctor Luciérnaga fué el primero.

—Tomad el aceite más fétido, de la más vieja lámpara y refréngale la cara durante tres horas —ordenó Choplac.

Imaginaos después de un solo cuarto de hora de semejante masaje a qué estado quedó reducido el pobre Luciérnaga; Zumbón y Choplac no podían contener la risa.

zo estremecer de risa al ver que, el que junto con Choplac empezó a reír y reír hasta curvarse para sostenerse la barriga; en el mismo momento las cabezas de ambos hombres se encontraron, dándose un feroz cabezazo que les hizo caer, con las piernas al aire.

Por un instante se quedaron perplejos. Choplac, al pronto rompió a carcajadas, pero el monarca, sosteniéndose la cabeza con

ambas manos, quedóse por un largo instante pensativo.

—¿Qué te sucede, Zumbón mío? —preguntó asombrado el bufón.

—¡Choplac! —dijo de pronto el rey—. ¡Tú eres muy grande! ¡Me siento curado! ¡Perfectamente curado! ¡Portentoso! ¡Prometo; llamo a la corte, los ministros, los

caguataros!

Cuando todos estuvieron reunidos, el rey Zumbón anunció que por méritos particulares, y por haberlo sabido curar de un mal obsesivamente, nombraba a Choplac barón del Cabezazo. Al oír esto el bufón, fuera de sí, comenzó a hacer cabriolas en medio del salón.

El primer ministro se aproximó al rey y le dijo:

—¿Cómo es que Choplac, que sabía el modo de curar a vuestra Majestad, os ha dejado en cambio sufrir por semanas enteras?

El rey Zumbón quedóse perplejo ante esta observación. El pri-

—¡Lo he dicho y basta! ¡No me contradigas! Mereces un castigo y lo tendrás, pero de cierta manera: al mismo tiempo harás que tengan dolor de cabeza todos los derechos de curarse vintecinco golpes su cabeza contra la tuya.

Ya podéis imaginaros que los médicos, que tan cruelmente habían sido tratados por Choplac, recudieron los cuarenta y nueve años que sufrían de un terrible dolor de cabeza y deseaban dar un cabezazo con el bufón, para librarse del mal, pensando para sus adentros que un cabezazo a un chichón más o menos no significaba nada; pero en cambio para el bufón, que tenía que soportar cuarenta y nueve, terminaría su vida, con la cabeza rota.

Después de veinte cabezazos Choplac cayó al suelo; todo giraba a su alrededor. Grandes chichones aparecían en su cabeza que se había hinchado en tal forma que parecía un enorme globo. Comprendió que de seguir así pronto le faltaría para que le llegara su hora.

Mientras tanto, el rey no podía aguantar la risa al ver el breccillo con la cabeza llena de chichones.

Ya el médico número veintinueve se preparaba a golpear su cabeza con la del bufón, cuando le vino a la mente una idea luminosa: trató de incorporar y gritó al rey:

—Majestad! ¡No habéis comprendido aún?

—¿Qué cosa? —interrogó Zumbón.

—¡Que ellos han jurado matarme con mis huesos, y cuando yo muero, moriréis vos también!

—¿Por qué? —dijo el rey.

—Si llegas a sufrir vuestro dolor de cabeza, ¿qué podrá curaros si yo me muero?

—Tienes razón —admitió el rey quedándose pensativo.

—Vosotros no me habéis matado pero si Choplac... ¿Y queréis matarlo a fuerza de cabezazos? ¡Guardias, arrojadlos de palacio inmediatamente! —gritó el rey fuera de sí.

Y de esta manera Choplac pudo salvar su cabeza de manos del verdugo.

EL PEQUE
Cupón núm. 7
Este cupón deberá acumularse a todo trabajo de colaboración que se nos presente

mer ministro, que era amigo de los médicos, comprendió que había llegado el momento de la venganza.

Encolerizado, el rey preguntó:

—¡Choplac! ¿Por qué has tardado tanto en darme el cabezazo que debía curarme?

—¿Cómo podía imaginar yo que semejante remedio podía curaros?

—¡Sí que lo sabías!

—¡No; que no lo sabías!

FIN